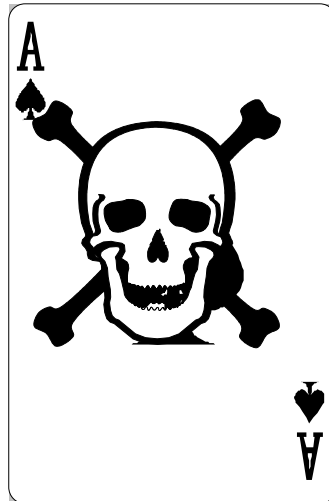


Autor:
Roberto Palomares González.

LA ÚLTIMA JUGADA



Su cuerpo, delgado y un poco encorvado, resentía los sufrimientos y penalidades de una existencia dedicada al vicio, las desveladas y a la íntima soledad que le embargaba después de largas horas de juego. Su rostro avejentado, sus pronunciadas arrugas alrededor de sus ojos, en las comisuras de sus labios; y sus grandes ojeras, le daban un aspecto mayor a sus 52 años. Sus manos, marchitas por el paso del tiempo, le temblaban; un escalofrío recorría todo su cuerpo; su vista clavada en las dos cartas que había pedido, mientras unas gotas de sudor perlaban su frente por la ansiedad reprimida.

La baraja era la pasión de Juan desde pequeño, cuando en la casa de doña Chuyita, jugaban al “burro”, “los pares” o “treinta y uno”. Ya de joven y adulto su juego preferido era el póquer, el cual le hacía perder la noción de todo lo que le rodeaba y le hacía vivir la paradoja de la felicidad y el sufrimiento.

Enfrente, su rival de esa noche, acomodaba sus cartas con la serenidad de quien ha esperado mucho tiempo y no le importa esperar un poco más.

Después de muchas horas de vivir la intensidad del juego, de pasar las grandes cantidades de dinero que estaban en juego, poco a poco se fueron los jugadores retirando, sólo quedaba Juan y su rival de esta noche-madrugada. Era una dama de gran seriedad y gesto sombrío, su rostro cubierto con un ligero velo negro, que no impedía ver su penetrante mirada y sus ojos que brillaban como ascuas en la oscuridad que reinaba en el recinto, sombras negras que rodeaban a una mesa mal iluminada por una lámpara de gas. Era alta, delgada, tan delgada que su amplio vestido, más negro que el velo, cubría lo que parecía ser un montón de huesos.

Las cartas que tenía Juan, formaban una tercia de nueves, no era un buen juego, pero con ellas esperaba formar “póquer” o “full”. Al mirar una de las cartas que había pedido, observó un “rey de oros”.

---- O ----

¡Rey de oros! Así se sentía él cuando la fortuna le sonreía y el dinero lo hacía creerse poderoso y dueño del mundo y de sus vidas. Esto le hizo evocar un recuerdo que constantemente castigaba su pensamiento; el día aquél que abandonó a su esposa y a sus hijos por el juego y la aventura:

- Juan – con el llanto en los ojos, dice su esposa – recapacita y piensa en nuestros hijos, ¿qué van a hacer sin ti?
- Ya está decidido, me voy, esta no es vida para mí, la rutina y la mediocridad me están matando.

- ¡Por Dios, Juan! ¿Es que nada más te importa el dinero y la aventura? Recuerda que todo eso es pasajero y que un día te quedarás solo y sin fortuna.
- Já, já, já; no me hagas reír, en las Vegas jamás podré sentirme solo; y el juego acrecentará mi fortuna...

---- O ----

- ¿En que piensas Juan? ¿Juegas?

La voz de la dama lo sacó de su recuerdo y se dispuso a tomar la última carta.

En ese momento, un agudo dolor en el pecho le asaltó, un ligero entumecimiento le quitaba sensibilidad a su brazo izquierdo, en tanto su respiración se entrecortaba, produciéndole una leve agitación al respirar.

Con pesadez tomó la última carta, la observó y una palidez cubrió su rostro; un ligero temblor en la comisura de sus labios demostró el estado de nerviosismo que de Juan se iba apoderando.

Un ocho, se dijo a sí mismo Juan, al mirar la carta que le impedía armar un buen juego. ¡Ocho! Como el número de días en que le había ocurrido el último infarto...

---- O ----

- Necesita reposo – le dijo el médico particular – mucho reposo, deje el juego y con ello las emociones fuertes. Recupere a su familia y viva con ellos la oportunidad que le brinda el poderoso de seguir viviendo...

---- O ----

- ¿Cuál es tu juego Juan? – le interrumpió la voz de su rival – con la mirada fija en Juan, produciéndole un ligero estremecimiento de los pies a la cabeza.
- Tercia de nueves – dijo Juan, con voz apenas audible – mientras la desilusión y la desesperanza hacían mella en su ánimo.
- ¿y tú? – preguntó con temor.
- Póquer de ases

Al decir esto –la dama de negro – se levantó lentamente; acomodándose el velo que cubría su rostro, tomó un brillante objeto que permaneció a su lado mientras jugaba, dibujó una sonrisa irónica y le dio la espalda a Juan, retirándose para continuar el juego en otra parte.

---- O ----

En un pequeño cuarto, de paredes despintadas, con muebles viejos y desvencijados, en medio de la suciedad y la soledad; encima de una mesa y unas cartas de baraja, yace un hombre con los labios entreabiertos, como tratando de llamar de último momento a sus seres olvidados, con la mirada fija en el infinito y el brillo opaco de sus ojos.

---- O ----

- Al parecer fue un infarto – dijo el médico forense – lo llevaremos para hacerle la autopsia de ley.
- Si nadie lo reclama en una semana – dijo la autoridad municipal – lo enterraremos en una fosa común.